



La odisea de Marah, la estudiante sin patria que buscó un futuro

La guerra de Siria le obligó a huir de Damasco. Desde hace tres años, su beca Erasmus en la Universidad es el apoyo principal para su familia, refugiada en Suiza

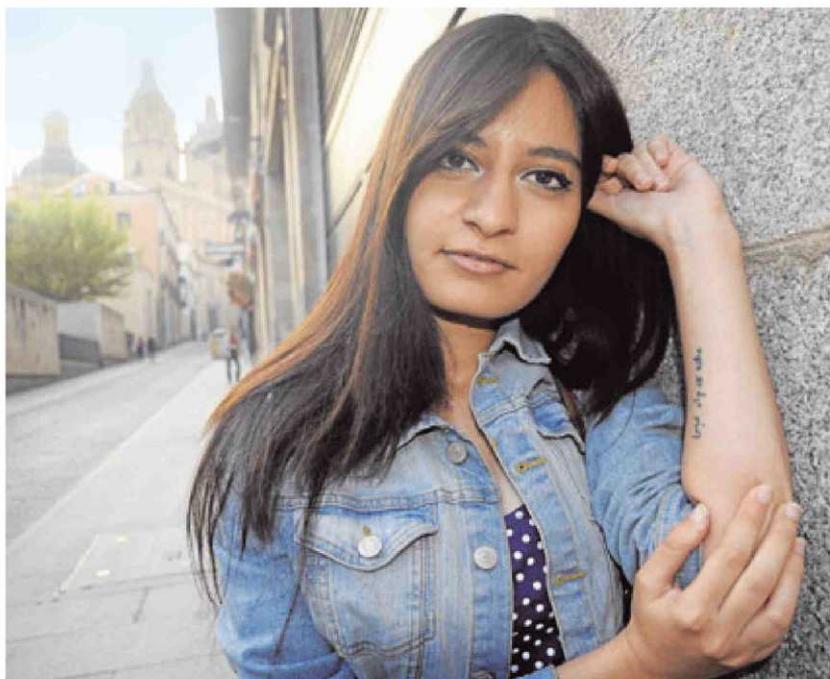
ROBERTO ZAMARBIDE | SALAMANCA

MARAH tiene 22 años, la sonrisa casi perenne en el rostro y una tremenda ilusión por ser corresponsal en España para el mundo árabe. Ha terminado tercer curso de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Salamanca, pero no es una estudiante Erasmus cualquiera. Llegó en 2013 huyendo de la guerra de Siria y su beca es el principal sustento de su familia, refugiada temporalmente en Suiza. Cuando presentó sus papeles para obtener el documento de identidad NIE, el policía no daba crédito: "Refugiada palestina en Siria, nacida en Jordania... ¿Pero tú de donde eres?", le preguntaron. Marah ríe al recordarlo. "No entendían bien mi pasaporte. En el apartado de 'País', pone 'No reconocido'. Pero ya tengo todos los papeles en regla, estoy más tranquila".

La historia de la familia Rayan es una de las dramáticas odiseas que generan desde hace décadas la intolerancia y la incomprensión entre culturas y el tremendo agujero negro burocrático que sufre la población palestina. "Somos de origen palestino, aunque mi padre nació en Siria y mi madre en Jordania". Marah vivía con sus padres y sus dos hermanos menores en Damasco, una familia más de clase media a la que un día todo se le empezó a torcer. "Mi padre era contable en una empresa privada. Un día encontraron unos documentos que implicaban al dueño de la empresa en un blanqueo de dinero". El personaje, cercano a la órbita del presidente Al Assad, tomó represalias. "Se apropiaron de nuestra casa y de un terreno que teníamos. Un abogado amigo nos dijo que deberíamos salir del país para que mi padre no terminase en la cárcel".

Comenzaron así seis años de pesadilla para la familia, viviendo cada día en vilo con la inquietud de no saber qué les depararía el futuro. "Fuimos todos a Jordania, donde nuestro padre logró un empleo gracias al favor de un amigo de la familia, pero de forma ilegal. Mis hermanos y yo íbamos a un colegio privado, pero costaba muchísimo dinero. Cuando me quise graduar para ir a la Universidad, vimos que era imposible. Tenía que pagar por la matrícula el doble que los demás. Y un día la Policía descubrió la situación irregular de mi padre. No podíamos seguir allí".

Tocaba volver a Siria. Un abogado de confianza les garantizó que ya no sufrirían represalias y la familia se asentó en las afueras de Damasco. "Un tío mio



La estudiante Marah Rayan muestra su brazo tatuado con los nombres de sus padres y hermanos. | BARROSO

ACAMPADA

Campamento en apoyo al refugiado

La Asociación salmantina del Apoyo al Refugiado celebró con anticipación el Día Mundial de los Refugiados, que se conmemora hoy. Y es que ayer la institución organizó una acampada en la Plaza Mayor para manifestar su apoyo a los refugiados. En el campamento se han organizado actividades infantiles, como cuentacuentos y una ludoteca. | GALONGAR



"En mi familia somos suníes, y con la guerra la propaganda del Gobierno se nos puso en contra"

nos consiguió un piso de alquiler. Pero a nuestro padre no le daban trabajo, yo intenté retomar los estudios de Filología Inglesa en la Universidad... y entonces empezó la guerra en Siria".

"El mayor problema comenzó a ser el racismo. Nosotros somos musulmanes suníes y allí predominaban los alauitas [rama del presidente Bachar El Assad]. Antes de la guerra la convivencia era normal, pero la propaganda desde el Gobierno nos puso a mucha gente en contra". Un personaje muy influyente que vivía en su mismo edificio les insinuó que no podrían seguir viviendo mucho más allí. "Lo siento, sois palestinos", nos dijo. Empezaron

por otra parte a escasear los productos de primera necesidad, los cortes de luz duraban una semana y el ejército acosaba a los palestinos en la calle con controles continuos.

"Fue entonces cuando un hermano de mi padre que vivía en Grenoble nos propuso pedir una beca Erasmus para estudiar en Europa. "En la guerra los medios de comunicación nos ayudaban mucho, me gustaba este trabajo y mi tío me dijo que había becas para Comunicación Audiovisual en Salamanca". Era 2013 y comenzó la segunda odisea para Marah: conseguir el visado para viajar a España. "Tenía permiso de residencia en Jordania por

haber nacido allí, pero al cruzar con mi padre la frontera, me lo negaron por ser palestinos". Tras ser confinados en una zona fronteriza durante un día entero, Marah y su padre regresaron desesperanzados a Damasco. El segundo y definitivo intento tuvo como destino Beirut, donde tras dos largos viajes en coche para completar la documentación necesaria, la joven estudiante logró el visado y emprendió vuelo a Barcelona en agosto de 2013.

Comenzaba una nueva vida en España para Marah y se abría un rayo de luz para iluminar el futuro de su familia, atrapada entre la burocracia y la incertidumbre.

La familia, en una habitación

Los padres de Marah y sus dos hermanos, de 20 y 9 años, viven en piso cedido por el estado en Berna, con una ayuda de algo más de 550 euros al mes. Contar con una familia en Suiza les permitió acogerse a la posibilidad de agrupamiento familiar que les ofrecían las leyes helvéticas, pero la llegada fue dura: alojados en una vivienda para 14 personas de distintas nacionalidades, tuvieron que compartir los cuatro la misma habitación. Ahora ya disfrutan de una vivienda individual, pero les han negado el derecho de asilo y les permiten la residencia "hasta que termine la guerra. Pero ¿qué guerra? ¿A dónde les devolverán cuando todo acabe?", se pregunta Marah impotente. "Mi hermano fue reclamado por el ejército y por eso le han dado estatus de refugiado en Suiza. "Fui a verles en 2014 después de un año sin apenas contacto: ellos lloraban en el aeropuerto y yo estaba feliz: ya no estaban en peligro".

Cerdo no, pero sí sangría

Marah Rayan disfruta cada minuto de su estancia en España. "Venir a Salamanca es lo mejor que me ha podido pasar", Su tío vino desde Grenoble (Francia) a ayudarlo a instalarse en una ciudad que desconocía. "Me sonaba de la película "Vantage Point", dice, y vuelve a reír. Compartió piso con dos estudiantes de Filología en la avenida de Villamayor y ahora se han cambiado a la calle Alarcón. Le gusta mucho la zona. "Al principio no quería contar mi historia, porque notaba en la gente miedo a los palestinos. Pero aquí me han tratado muy bien. Se considera creyente "pero con pensamientos diferentes a otros musulmanes", nunca vistió el hiyab (velo) y le encanta la sangría. En cambio, hasta ahora no ha querido probar el jamón. "Mis amigos me hacen bromas: dicen que para encontrar pinchos sin cerdo tenemos que cruzar toda Salamanca".